

ra, y la cuarta notoria á todo el mundo. Por lo cual vemos cuán justo es nuestro Señor Dios, y cuán justamente condenará todos los incrédulos; pues con tan evidentes señales no se quisieron convencer. Pues si sola esta profecía basta para concluir este negocio, ¿qué será si con ella juntáremos todas las demas que después desta se siguen, como luego veremos? Porque si á sola esta no se puede responder, ¿qué será corroborando esta con todas las demas?

§. VII.

Séptima señal: de la venida del Salvador estando en pié el segundo templo.

A estas añado otras señales que el Espíritu Sancto, amor de la salud de los hombres, nos dejó para conocer la venida deste Señor, cuyo conocimiento es (como está dicho) el fundamento de nuestra salud. Para lo cual es de saber que después de la captividad de Babilonia fué reedificado el templo en Hierusalem; el cual era tan desigual del que Salomon había edificado, que los viejos que habían visto la riqueza de nuestra Señora, lloraban de ver la desigualdad del uno al otro (s). Pues en este tiempo mandó Dios decir á los príncipes del pueblo por el profeta Aggeo (t), que se esforzasen y supiesen que sería mayor la gloria deste templo segundo, que la del primero; no por mas rico que él, sino porque de ahí á poco vendría el deseado de todas las gentes, y entraría en él, y con la presencia y entrada suya sería mayor la gloria deste segundo templo, que la del primero. Esta es promesa de Dios por boca de su Profeta. De donde se sigue que estando en pié aquel templo, había de venir el deseado de todas las gentes á él, que es Cristo nuestro Señor. Vemos pues que este templo ha mas de mil y quinientos años que está destruido, abrasado, y puesto por tierra; luego síguese que este Señor haya venido, pues la palabra y promesa de Dios no puede faltar; porque ántes faltará el cielo y la tierra que faltar ella. Quiero poner un ejemplo para que se entienda mejor la fuerza desta profecía. Pongamos caso que un profeta profetizase que ántes que cayesen por tierra los muros de Roma, había de venir el Mesías; si estos muros estuviesen caidos, todos entenderían que este Señor era ya venido, y no dudaría desto quien no dudase de la profecía. Pues si este Profeta dice aquí que aunque este templo era como nada comparado con el otro, pero que sería mas glorioso que él, por la entrada y presencia del Salvador, que tantas veces lo honró con su presencia, y con la doctrina que en él predicó, síguese necesariamente que estando salvo y entero aquel templo, había de venir á él. Y pues nos consta ser el Salvador ya venido, ¿qué entendimiento habrá que no quede convencido con esta profecía tan clara? Por donde no acabo de maravillarme de cuán gran poder tenga el demonio, pues que puede echar tinieblas en esta luz tan clara, y cegar los corazones de los que tiene ya encantados y sujetos á sí. Mas dejo de maravillarme, considerando cuántos corazones de Faraon hay en el mundo (v), el cual, ni con ver los mares abiertos, ni los primogénitos muertos etc. se quiso rendir á un Dios tan poderoso.

(s) 1. Esd. 3. (t) Aggæi. 2. (v) Exod. 12. 14.

§. VIII.

Octava señal: que es estar ya acabado el sceptro del tribu de Judá.

Añado á esta la profecía del patriarca Jacob (x). El cual dando la bendición á Júdas su hijo, le profetizó que nunca faltaría de su linaje quien rigiese á su pueblo, hasta que viniese el que había de ser enviado; el cual sería esperanza de las gentes. Y en lugar destas palabras: *El que ha de ser enviado*, la traslación del Targum (que es de grande autoridad entre los hebreos) puso mas claro: *Hasta que venga el Mesías*. Lo cual se cumplió así, comenzando del reino de David hasta los Macabeos; los cuales aunque eran de linaje de los sacerdotes, por el tribu sacerdotal y real estaban emparentados, como parece por la historia de los Reyes (y), donde se escribe que Iosabet, hija del rey Ioram, estaba casada con el pontífice Ioyada. Por donde los que descendían del linaje deste sacerdote, eran ya de linaje de David. Y por esto Sant Lucas llama á Sancta Isabel (que era del linaje de Aaron summo sacerdote) parienta de nuestra Señora, que era del linaje de David. Pues tornando al propósito, este sceptro y señorío se acabó en tiempo de Heródes, cuando el Salvador nació. Porque este Heródes (que era de linaje de los idumeos), con favor y ayuda de los romanos venció á Antígono, rey de Judea, y se apoderó del reino, y dende él en adelante cesó la línea del linaje de David, y por esta causa mató Heródes todos los descendientes del linaje de David, y hizo quemar todos los libros que trataban de estos linajes, y hasta los mismos doctores de la ley (que enseñaban conforme á ella, que no podía ser rey ningún extranjero) mandó matar, para mas asegurar su reino. Pues viendo nosotros que ha mas de mil y quinientos años que este sceptro del linaje de Judá se acabó, ¿qué podemos inferir, sino que otros tantos años ha que este Señor, que había de ser esperanza de las gentes, es ya venido? ¿Quién puede negar esto, sino quien negare la verdad de las Sanctas Escrituras y promesas de Dios? De modo que así como de la profecía sobredicha de Aggeo sacamos que ántes que aquel templo fuese destruido, había de venir el Mesías; así desta del patriarca Jacob sacamos que ántes que el sceptro de Judá se acabase, había de venir el mismo Señor. Vemos pues cumplido lo uno y lo otro; porque el templo está ya caido, y el sceptro de Judá acabó en el mismo tiempo que el Salvador nació (cuando reinaba Heródes): luego ambas cosas están testificando que el Mesías es ya venido. No sé qué pueda el ingenio humano responder á estas dos tan claras profecías.

§. IX.

Nona señal: del reino eterno de David.

Ninguna de las cosas que hasta aquí se han dicho hay que por sí sola no baste para concluir la venida del Salvador. Mas como el Espíritu Sancto, que es el autor de la Escritura, pretendía tanto darnos lumbré para conocer este Señor, y dejar sin excusa á los que no le recibiesen, añade unas señales sobre otras, para que no pudiésemos perder de vista lo que tanto nos importaba. Y por esto á las señales pasadas añade la perpetuidad del reino de David; la cual por ninguna via se puede salvar, sino confesando el reino de Cristo nuestro Salvador, hijo de David, que hoy día reina y reinará para siempre en

(x) Genes. 49. (y) 2. Par. 22.

el pueblo cristiano. Para lo cual es de saber que deseando David con gran devoción edificar una solemne casa y templo para honra de aquel Señor que de pobre pastorcico lo había hecho rey tan poderoso, envióle Dios á decir por el profeta Nathan (z), que en pago de aquel buen deseo y propósito que había tenido de fabricarle casa en que morase, le prometía de edificarle una casa eterna, y un reino perpetuo; del cual no apartaría su misericordia, como la había apartado de la casa de Saul. Sobre esta promesa escribe David un salmo divino (a), en el cual después de haber tratado de la grandeza de Dios (el cual puede prometer cosas que ningún tiempo ni poder humano baste para impedir las) comienza á relatar esta promesa en diez y ocho versos deste salmo, que todos tratan della. Y porque ella era tan grande que parecía sobrepajar la comun fe de los hombres, confirmala el mismo Dios con un solemne juramento que hace por sí mismo; porque no tenía otro mayor por quien jurase. Y porque no pensásemos que la eternidad deste reino se entendía algun grande espacio de tiempo (como se hace en otros lugares de la Escritura), dice que la duración deste reino será tan perpetua como es la del sol, y de la luna, y los días del cielo. Y porque no imaginásemos que esta promesa se entendía con condicion que los hijos de David guardasen los mandamientos divinos, y no de otra manera (como se entiende en otras promesas de Dios) ocurrió tambien á esto, diciendo que si los hijos de David quebrantasen sus leyes y mandamientos, él los visitaría y castigaria por este quebrantamiento; mas que la promesa hecha á David estaría siempre firme, porque así lo había jurado; y que no había de mentir, ni ser vanas y falsas las palabras que salían de su boca. Todo esto refiere David en este salmo. Y esta misma promesa volvió Dios á ratificar por el profeta Hieremías con la misma firmeza, y con la misma comparación (b), diciendo que así como es imposible faltar del mundo los días y las noches, así lo sería faltar rey del linaje de David en su pueblo.

Estas son las profecías de la perpetuidad deste reino de los hijos de David, repetidas con palabras tan claras, que ni Tulio, ni Demóstenes con toda su elocuencia pudieran explicar la perpetuidad deste reino con otras mas claras. Aquí los cristianos (á quien hizo Dios merced de comunicar la lumbré de su fe) salvamos fácilmente la verdad desta promesa, confesando que en muriendo el postrer rey de Judea, por nombre Antígono (c), del linaje de los judíos, y comenzando á reinar Heródes, del linaje de los idumeos, nació el rey Mesías, Cristo nuestro Salvador, del linaje de David, por cuyo nacimiento Heródes mató los inocentes (d), pretendiendo matar entre ellos al nuevo rey para asegurar su reino; y entre ellos, por tener en parte compañía con los tristes padres, cuyos hijos mataba, mató tambien su propio hijo. Lo cual no solo refieren nuestros Evangelistas, mas tambien autores gentiles, alegando aquel dicho del emperador Augusto; el cual oida la muerte deste hijo, dijo que en casa de Heródes era mejor ser puerco que hijo. Así que, los cristianos sin rodeos de palabras salvamos la verdad desta promesa, confesando el reino de Cristo hijo de David; el cual reina hoy, y reinará hasta la fin del mundo en el reino del verdadero Israel, que es el pueblo cristiano, heredero de la fe deste sancto Patriarca.

(z) 2. Reg. 7. (a) Psalm. 88. (b) Hierem. 33. (c) Joseph. Antiq. Judic. lib. 13. cap. 1. (d) Matth. 2.

Mas ¿qué hacen aquí los maestros de los hebreos aprendidos con esta profecía tan clara? ¿Qué han de hacer los que son ciegos y guías de otros ciegos, sino buscar invenciones con que perseveren en su ceguedad, por no perder la autoridad y provecho que tienen entre los miserables discípulos que traen engañados? Mas no pudiendo contradecir á la verdad de la Escritura, tomaron por remedio acogerse á la mentira, diciendo que todavía hay en su pueblo reyes y gobernadores del linaje de David. Y preguntándoles adónde están, por no ser tomados en mentira, dicen que están adelante de los montes Caspios, donde nadie aportó, ni los vió, ni se puede dar razon dello. Pues ¿qué habían de hacer los miserables viéndose tan concluidos, sino acogerse adonde se acogen los que tienen mal pleito, que es á la falsedad y mentira? ¿Qué cosa mas desvergonzada, ó por mejor decir, mas lastimera, que ver cómo á sabiendas quieren cegar á sí y á sus discípulos? Así lo hicieron los que de los milagros del Salvador tomaron motivo para tratarle la muerte, pareciéndoles que si Cristo viniese á reinar, que ellos perderían la dignidad y los oficios que en aquella república tenían. Y con este mismo consejo traen estos engañado al pueblo miserable, por no perder ellos la dignidad y preeminencia que entre ellos tienen.

§. X.

Décima señal: de las hebdómadas de Daniel.

Mas no se contentó aquel divino espíritu amor de nuestra salud con darnos todas estas señales; sino quiso tambien declararnos muy distintamente el tiempo de la venida deste Señor. Y aunque bastaban para esto las dos profecías arriba alegadas; la una del profeta Aggeo, que profetiza la venida de Cristo estando en pié aquel segundo templo; y la otra del patriarca Jacob, que la profetiza ántes que se acabase el sceptro del linaje de Júdas; mas no contento con estas dos tan claras profecías, descendió á contarnos el número de los años después de los cuales Cristo había de venir y padecer. Lo cual hace en aquella tan celebrada y tan clara profecía de Daniel, que es la que mayor luz da á este misterio. Dice pues este Profeta (e), que después que entendió ser cumplidos los setenta años del captiverio de Babilonia, que Hieremías había profetizado (f), hizo una muy larga y devota oración á Dios por la libertad de su pueblo. Y por ella le fué enviado el ángel Sant Gabriel, el cual le dijo que estaban señaladas setenta hebdómadas (ó semanas), para dar fin al pecado, y quitar la maldad, y traer al mundo la justicia eterna, y cumplirse las visiones y profecías, y ser ungido el Sancto de los sanctos, que es Cristo, así llamado por la excelencia de su sanctidad. Y añade luego, que después deste plazo sería muerto Cristo, y que no sería su pueblo el que lo había de negar; y que la ciudad y el santuario sería destruido por el ejército y capitán que contra él había de venir; y que esta destrucción había de durar hasta la fin.

Estas hebdómadas (ó semanas) que aquí el Profeta señala, claro está que no son de días; porque segun esto serían todas ellas pocas mas que un año. Por donde se entienden semanas de años; como se toman en el cap. xxiii y xxv del Levítico; ni hay en la Escritura otra manera de hebdómadas, sino estas dos. Y siendo semanas de años, hacen número de cuatrocientos y noventa años.

(e) Dan. 9. (f) Hierem. 25. 29. 2. Par. 36.

Mas los maestros de los hebreos, viéndose concluidos con esta profecía (por la cual se prueba claramente ser el Mesías ya venido), fingen otra manera de semanas, y otra cuenta de años. Mas la verdad está tan clara, que por ninguna via se puede escurescer. Porque si el Profeta no profetizara aquí mas que la muerte sola de Cristo, tomaran ellos ocasion de esparcir sus nublados en el día claro de la verdad, fingiendo las fábulas que suelen. Mas el Profeta, juntamente con el pecado de la muerte de Cristo, profetiza el castigo deste pecado, que fué la destruccion de Hierusalem y del templo; y para ambas cosas señala el tiempo de las setenta semanas. Y cóstanos evidentemente que este castigo vino poco despues destas setenta semanas, que hacen los cuatrocientos y noventa años susodichos. Porque entónces vino el ejército de los romanos, y asoló y destruyó la ciudad y templo. Luego síguese que estas setenta semanas comprehenden el número de años en que este castigo vino. De modo que el tiempo del castigo nos declara el tiempo que el Profeta significó por estas semanas. Y así consta que en ese mismo tiempo padesció Cristo; pues para ambas cosas señala el Profeta el mismo tiempo. Y como nos consta de lo uno, tambien consta de lo otro. Mayormente que no habia de venir primero el castigo que el pecado. El pecado fué primero, que es la muerte de Cristo, que tan claramente el Profeta denunció, llamándole el Sancto de los santos, y el castigo fué cuarenta años despues; porque este espacio se dió á la edificacion de la nueva Iglesia de los fieles, que se habia de fundar en Hierusalem. Los cuales ántes del castigo fueron por parte de Dios avisados que se fuesen á otro lugar á morar, porque no los comprendiese aquel terrible azote que Dios queria enviar á la ciudad por el pecado en ella cometido.

Y para que mas claramente se vea el engaño destes malos intérpretes, es de saber que los otros profetas principalmente tratan de las obras de Cristo, y de las señales de su vida y muerte, para que por ellas lo conociésemos; mas Daniel no contento con esto, trató muy particularmente del tiempo de su venida; para que esto con lo demas nos diese mayor luz para el conocimiento desta tan importante verdad. Y por esto reparte estas semanas en muchos pedazos, para declarar en qué tiempo se habian de hacer otras cosas que juntamente con esta profetiza, como era la reedificacion de la ciudad de Hierusalem, y de los muros della. Digo pues agora que si por estas hebdomadas no se entienden semanas de años, sino otro tiempo; como esto no tenga fundamento sólido en la Escritura, sino ser invencion ó imaginacion de los hombres, queda la profecía frustrada, y el intento del Espíritu Sancto, y de nada nos sirve la profecía; pues por ella no podemos saber cosa cierta en materia donde tanta certidumbre se requiere; pues della pende toda nuestra salvacion. ¿Pues qué cosa mas fuera de propósito, y mas indigna del profeta, que haber tratado tan en particular deste tiempo, y repartiéndolo en tantos pedazos para declarar lo que en cada tiempo se habia de hacer, y señalado el principio de donde estas semanas se habian de comenzar, y el fin donde se habian de acabar; y despues desto hecho no declarar qué número de años comprendian estas semanas; para que así nos dejase á escuras, y sin ninguna luz y conocimiento de lo que queria enseñar; pues no nos declaraba qué número de años comprendia esta profecía; sino que anduviésemos adivinando y fingiendo unos un tiempo, y otros otro? ¿Qué

cosa mas fuera de toda razon, y mas llena de tinieblas y confusion? Pues en estos y otros semejantes barrancos han de caer los que andan huyendo de la luz, que es á los ojos lagañosos y enfermos muy penosa. Y así dice dellos el Profeta (g), que cayeron de ojos, y tropezaron en medio del día como ciegos. Porque este es el azote mas recio con que Dios los amenaza en el sexto capítulo de Esaías. Este castigo vemos ejecutado á la letra en los que en medio de la luz tan clara desta profecía, y de todas las demas que aquí habemos referido, todavía permanecen en las tinieblas de su infidelidad.

§. XI.

Undécima señal: que fué el castigo de la muerte del Salvador.

A todas estas señales añado la postrera, la cual de tal manera es señal, que tambien fué castigo y azote enviado por el pecado de la muerte del Salvador; que fué la destruccion de Hierusalem, profetizada tan claramente por Daniel. Y cierto es cosa que me pone admiracion la dignidad del espíritu profético, que tantos años ántes que las cosas sucedan, las denuncia con tanta certidumbre, como lo vemos en esta profecía. Porque ¿qué cosa mas admirable que ver un hombre de carne y de sangre como cualquier de nosotros, decir: de aquí á cuatrocientos y noventa años será destruida y asolada una de las mas principales ciudades del mundo, que era Hierusalem, y asimismo el mas famoso y venerado templo del mundo que en ella habia; y esto de tal manera que jamas ni el templo ni la ciudad será reedificada? ¿Pues quién aquí no glorifica la grandeza de Dios, que tal lumbré y tal conocimiento puede dar á un hombrecillo como cada cual de nosotros? Esto pues vemos ya cumplido por los emperadores Tito y Vespasiano, que destruyeron á Hierusalem; y agora de presente lo vemos; pues ni aquella ciudad, ni aquel templo, ni aquella república ha sido mas restituida; y así dura esta destruccion (como dice Daniel) hasta el fin. Y pues esto vemos ya tan á la clara cumplido, síguese que el Salvador no solo es ya venido, sino tambien padescido. La historia deste tan grande castigo repartimos en nuestra introduccion del Símbolo en tres partes. En la primera se trata de las calamidades que padesció el pueblo dende el tiempo de Pilato hasta el cerco de Hierusalem, mayormente en la conquista de la provincia de Galilea, y de otras muchas ciudades comarcanas; donde fué tan grande el número de los muertos y captivos, demas de ser todas estas ciudades robadas y saqueadas, y muchas dellas asoladas, y puestas por tierra. En la segunda parte referimos los inmensos trabajos y calamidades que sucedieron en el cerco de Hierusalem; donde fueron tantas las desventuras, y tan grande el número de los muertos, que ni dende que Dios crió el mundo hasta el tiempo del Diluvio, ni despues del Diluvio hasta nuestros tiempos ha habido matanza de hombres, no digo yo que iguale con esta, mas ni que llegase á la mitad della. Porque, segun refiere Josefo (h), fueron muertos de hambre y á hierro un cuento y cient mil hombres. Pues si tratamos de los que fueron captivos, ¿cuándo se halló tanto número de captivos, y tan cruelmente tratados; pues los llevaban para echar á las fieras que los despedazasen, y para que peleando unos con otros en las fiestas de los romanos se matasen? ¿Cuándo, dende que el mundo es mundo, se usó de los miserables captivos para semejantes pasatiempos? ¿Cuándo se

(g) Esaí. 59. (h) De bello Judaico, lib. 7. cap. 17.

vió tal hambre como la que en este cerco se pasó, cuando los hombres comian los cintos, y las riendas de los caballos, y los cueros de los zapatos, y las pajas y boñigas de los bueyes? ¿Cuándo jamas se vió tal crueldad, como era abrir los vientres de los hombres que se acogian al campo de los romanos; á los cuales abrian por los vientres para buscar el oro que los miserables escondian en sus entrañas para mantenerse con él? ¿Cuándo los romanos siendo vencedores asolaban las ciudades y provincias que pretendian hacer tributarias, y de cuyas rentas se querian aprovechar? Porque quedando ellas asoladas y sin moradores, ¿qué provecho les podia venir? Y por eso Pompeyo, que poco ántes conquistó la provincia de Judea, contento con la victoria, y con la subjeccion della, dejóla poblada y entera como estaba ántes. Resta pues de lo dicho, que ninguna de cuantas calamidades han sucedido en el mundo, ni muchas dellas juntas, vienen á cuenta con esta. Pues siendo este el mas terrible y espantoso castigo de cuantos ha habido despues que Dios crió el mundo, ¿quién dubdará haber sido por el mayor de los pecados del mundo, que fué la muerte del Salvador; mayormente habiéndolo él mismo cuarenta años ántes (no sin muchas lágrimas) profetizado, como arriba declaramos?

En la tercera parte deste castigo pusimos las calamidades que despues de la conquista de Hierusalem se siguieron, y el destierro general que hoy día padescen la parte desta gente que persevera en su error. Donde hallaremos tambien clarísimos argumentos de su engaño; pues no podrán satisfacer á las preguntas y consideraciones que en esta materia les harémos; si no, díganme, ¿cómo Dios, que en los tiempos antiguos tantos favores les hacia, agora los ha desamparado? ¿Cómo entónces les acudia cada vez que se convertian á él, y los libraba; y agora lo llaman continuamente, y no les acude? Si, como dice el Profeta (i), está Dios cerca de los que lo llaman, si lo llaman de verdad, y que hará siempre la voluntad de los que le temen, ¿cómo ni les hace la voluntad, ni oye sus clamores y oraciones? Si el mismo Profeta dice (k), que hace Dios justicia á los que padescen agravios ó injurias, ¿cómo aquí no la hace de tantos agravios como esta gente padescen? Si, como dijo aquella Sancta Judit (l), Dios tiene prometida su misericordia á la casa de Israel, ¿cómo aquí se ha olvidado tanto tiempo desta misericordia? Si tiene dada su palabra que si viéndose angustiados y perseguidos de los hombres por sus pecados, se volvieran á él, que los librará (m), ¿cómo habiéndose ya convertido á él, no los libra? ¿Qué es de aquellos tan grandes favores y providencias de que usa Dios con todos sus fieles siervos? ¿Qué es de aquella misericordia y favor que les promete en el tiempo de la tribulacion? ¿Cómo no acude á los que ve padescer tantas menguas, y afrentas, y destierros, por guardar su ley y serle fieles? ¿Qué olvido es este? ¿Qué desamparo este? ¿Cómo duerme aquel Señor, de quien se dice (n) que no dormitará, ni dormirá el que es guarda de Israel? ¿Cómo ha este Señor cerrado los ojos para no ver tantas calamidades, y tapado los oídos para no oír tantos clamores, y apretado las entrañas para no apiadarse de tantas aflicciones?

Y es cosa de grande admiracion, que con ser tantas y tan varias las naciones del mundo, y tan diferentes en

(i) Psalm. 144. (k) Psalm. 145. (l) Judith 15. (m) Deut. 30.

(n) Psalm. 120.

las leyes y en la religion, en las cerimonias y en los ánimos, y discordias que tienen entre sí, con todo eso todas ellas concuerdan en esto, que es desestimar y maltratar esta pobre gente. De modo que habiendo sido en un tiempo (cuando en ellos florescia la religion, como fué en tiempo de David, Salomon, Josafat y otros santos reyes) la mas esclarecida gente del mundo, agora es la mas abatida entre moros, y turcos, y gentiles, de cuantas hay en él. ¿Pues quién no ve ser este un espantoso juicio y castigo de Dios? Porque ¿quién otro permite esta tan gran mudanza en pueblo antiguamente tan escogido, tan amado, tan favorecido, tan socorrido en sus trabajos, y tan privilegiado, y entre todas las naciones del mundo solo escogido, teniéndolo agora tan olvidado?

Consideren tambien aquella maldicion que ellos mismos echaron sobre sí cuando lavando Pilato sus manos, y diciendo que él era inocente de la sangre de Cristo, respondieron ellos (o): La sangre dél caya sobre nosotros y sobre nuestros hijos; y verán que dende esta sentencia que ellos dieron contra sí, hasta el día de hoy (comenzando dende las vejaciones del mismo Pilato), siempre padescieron trabajos sobre trabajos, destierros sobre destierros, robos sobre robos, y miserias sobre miserias. En lo cual parece haber Dios confirmado esta sentencia que ellos dieron sobre sí; y que esta no solo fué maldicion, sino profecía que vemos hoy día con nuestros ojos cumplida.

§. XII.

Del tiempo que dura este destierro y captiverio.

Sobre todas estas consideraciones pongamos los ojos en los años que dura este general destierro y captiverio. Porque cóstanos que el captiverio de Babilonia no duró mas que por espacio de setenta años; y la principal causa dél fué el pecado de la idolatría, y el quebrantamiento de las leyes de Dios, junto con la opresion de los pobres y personas miserables; como parece por todas las escrituras de los profetas (p). Mas agora ellos ni adoran los ídolos que solian, ni oprimen, ni vejan á nadie; ántes ellos son los oprimidos y los vejados. ¿Pues cómo estando ellos libres destes pecados gravísimos (que fueron la principal causa de aquel azote), y siendo tan fieles en adorar á su Dios, y en guardar tan enteramente sus sábados, y sus ayunos y cerimonias, no los libra deste general destierro y captiverio, que pasa ya de mil y quinientos años; no habiendo durado el otro, que fué por mayores pecados, mas que solo setenta? Si Dios es justo juez (como lo es), al cual pertenece proporcionar la pena con la culpa, ¿cómo castigó gravísimos pecados, y con ellos la idolatría, con castigo de setenta años; y menores pecados, y sin idolatría, castiga con mas de mil y quinientos de captiverio; pues agora ni adoran á Baalim, ni á Moloc, ni le ofrescen sacrificios, ni sacrifican sus propios hijos, ni los pasan por fuego, como ántes lo hacian (q)? ¿Cuándo en los tiempos antiguos clamaron á Dios, viéndose afligidos, que no fuesen socorridos (r)? Y agora claman muchas veces al día en sus públicos ayuntamientos, y en todos estos millares de años nunca han sido oídos. Si dicen que todavía padescen, parte por los pecados antiguos que sus padres cometieron, y parte

(o) Math. 27. (p) Hierem. 21. 22. Deut. 29. Esaí. 4. Baruch. 1. 2. Ezech. 4. 5. Osee 4. 5. Joel. 1. Amós. 5. etc. Michá. 1. 2. 5. etc. (q) Judic. 2. 5. 8. 10. 3. Reg. 16. etc. 2. Par. 28. (r) Judic. 2. etc. Psalm. 106.

por los que ellos de presente cometen; á esto respondo que no pueden ser mayores pecados los que agora cometen, que aquellos por que Dios destruyó y asoló á Hierusalem y á su sancto templo por Nabucodonosor (s); y tomada esta venganza, mandó al profeta Hieremias que dijese á aquella poca gente que habia quedado en Hierusalem estas palabras (t): Si estuviéredes quietos en esta tierra, yo os sustentaré, y no os destruiré; plantaros he, y no os arrancaré; porque ya estoy aplacado con el castigo que os di. Y no os temais del rey de Babilonia, porque yo estaré con vosotros para salvaros y libraros de sus manos. Por estas palabras entendemos cómo queda Dios aplacado despues de haber castigado, y que es gran disparate decir que lo que ya castigó dos mil años ha, que agora lo vuelve á castigar. Estas son las invenciones que buscan para huir de la verdad los que están obstinados en su ceguera.

Contra estos mismos hacen aquellas palabras que dice Dios por Hieremias (v): En aquellos dias no se dirá mas; los padres comieron las uvas acedas, y los hijos padecen la dentera; porque cada uno morirá por el pecado que tiene cometido. Todo hombre que comiere las uvas acedas, ese padecerá la dentera. La cual sentencia declara el profeta Ezequiel por estas palabras (x): El ánima que pecare, esa morirá; y el hijo no pagará por la culpa de su padre, ni el padre por la del hijo. La justicia del justo estará sobre él, y la maldad del malo cargará sobre él. Esta es ley justísima de aquel soberano y justísimo Juez. Porque de otra manera, ¿qué cosa ménos para creer, que castigar agora Dios á cabo de dos mil años en los hijos inocentes la culpa ya tanto tiempo ántes castigada en los padres que la cometieron? ¡Oh cuánto puede la obstinacion y la ceguera en los que el príncipe de las tinieblas tiene ciegos; pues les hace creer cosas tan indignas de la bondad y justicia de Dios!

§ XIII.

Del estado en que están los que aun permanecen en su incredulidad.

A todas las profecías que hasta aquí habemos referido, añadiré otra, la cual explica con tanta claridad el estado de la parte de esta gente que está ciega, que sola esta, sin las demas que habemos alegado, basta para convencer y concluir todos los entendimientos del mundo. Para lo cual es de notar que queriendo Dios representar el estado en que habia de quedar su pueblo si no recibia al Salvador, que era, ni servir á Dios, ni tampoco á los ídolos, mandó al Profeta Oséas (y) que pudiese su afición en una mujer muy querida de su marido, pero con todo eso adúltera: para que con esta manera de casamiento representes á los hijos de Israel el amor que yo les tengo; y con todo eso ellos, como mujer adúltera, ponen sus ojos en los dioses ajenos. Yo (dice el Profeta) hice lo que el Señor me mandó, y di en dote á esta mujer quince dineros de plata, y ciertas medidas de cebada, y díjele: Muchos dias me esperarás: no fornicarás, ni tampoco estarás con tu marido; y yo tambien te esperaré. Esta es la semejanza de lo que Dios queria representar. Tras de esto añade luego el Profeta lo que esta manera de casamiento significaba, diciendo: Porque muchos dias se pasarán, en los cuales los hijos de Israel estarán sin rey, y sin príncipe, y sin sacrificio, y sin altar, y sin

(s) 4. Reg. últim. (t) Hierem. 42. (v) Hierem. 51. (x) Ezech. 18. (y) Osee 5.

vestiduras sacerdotales, y sin ídolos. Y despues de esto se convertirán, y buscarán á su Señor Dios, y á David su rey, y reverenciarán el nombre del Señor y su bondad: y esto será en el fin de los dias. Hasta aquí son palabras de Dios por su Profeta: las cuales no podrán dejar de poner admiracion á quien considerare, cómo este Profeta dos mil años ántes debujó la manera del estado en que agora vemos la parte de este pueblo que está ciego, con tan claras palabras, como si de presente lo viera con sus ojos. Porque ¿quién no ve pasar esto á la letra despues de la destruccion de Hierusalem y de aquel reino; pues esta parte de gente ni tiene rey, ni príncipe, ni sacrificios, ni altar, ni vestiduras sacerdotales, ni tampoco ídolos? Y es mucho para notar lo que dice el Profeta á esta su mujer: No fornicarás, ni estarás con tu marido. Porque en todo este tiempo este pueblo ni ha fornicado adorando los ídolos (como lo hacia ántes), ni tampoco está con su marido, que es Dios; pues no está en su amor y gracia. Y no lo está; pues no ha querido recibir á su rey David, que es nuestro Salvador, á quien él mandó que recibiesen y obedeciesen so pena de su castigo y indignacion (z).

Concluyo pues este discurso diciendo que si el cumplimiento desta profecía tan clara y tan antigua no convence todos los entendimientos (aunque sean de gentiles) y no basta para abrir los ojos de los que hasta agora están ciegos, no sé qué cosa pueda bastar, ni sé qué pueda decir, sino que es grande el poder del príncipe de las tinieblas, grande la malicia de la voluntad depravada, grande el azote desta ceguera. A lo ménos esto es cierto, que en la hora de la cuenta no tendrá esta incredulidad excusa ante aquel rectísimo Juez; porque no puede haber excusa donde no hay justa causa de ignorancia.

CAPITULO II.

Conclusion de todo lo dicho.

Concluyamos agora esta materia recogiendo della el conocimiento de la verdad, que es la raiz y fundamento de nuestra salvacion. Para lo cual conviene primeramente que todos los que tienen necesidad de la luz de esta doctrina, consideren la grandeza del negocio de su salvacion, que es gloria para siempre, ó infierno para siempre: con el cual negocio comparados cuantos hay debajo del cielo, no pesan una paja. Lo segundo digo, que el que trabaja por llegar al deseado puerto de la verdad, debe despedir de su ánima todos los enemigos é impedimentos della: que son odios, iras, invidias, aficiones, con todas las otras pasiones, las cuales son como unas espesas tinieblas que escurecen la luz del entendimiento; pues todos vemos cuán contrarias y enemigas sean entre sí razon y pasion, y cómo no caben ambas en un sujeto. Porque así como al que pone un vidro verde ó amarillo sobre los ojos, todas las cosas le parecen ser del mismo color, así la pasion hace parecer las cosas tales cuales ella las representa. Debe tambien el amator de la verdad estar dócil, y dar oidos á todo buen consejo y razon, y no estar obstinado, y tapados los oidos, como hace la serpiente cuando la quieren encantar. Debe tambien despedir de sí toda soberbia y presumpcion; pues está escrito, como dice Salomon (a), que donde está la humildad, ahí está la sabiduría. Y acuérdesse que para el

(z) Deut. 18. (a) Prob. 11.

que esta luz desea, es vanísima razon decir: moro ó judío fué mi padre y mi abuelo: pues tal quiero yo ser. Porque si esa fuese regla cierta de la verdad, cuantas sectas y herejías hay en el mundo, serian verdaderas; y cada cual de los que las siguen podria decir lo mismo. Lo cual es imposible; pues estas sectas se contradicen unas á otras, y cosas contrarias no pueden ser ambas verdaderas. Tambien debe el amator de la verdad despedir de sí aquella perversísima sentencia del Alcoran de los moros, donde les es mandado que no traten de defender su ley por razon, sino por armas; lo cual es hacer al hombre semejante á las fieras (que todo lo hacen por fuerza), y despojarle de la mas rica pieza que Dios le dió, que es la lumbre de la razon; la cual no es otra cosa que un rayo de la divina luz (b), que se derivó en nuestras ánimas para regir y ordenar por ella nuestras vidas.

Y pues toda esta materia que tratamos se resume en reconocer á nuestro Salvador por el verdadero Mesías prometido en la ley, pongamos los ojos en las obras señaladas que (segun el testimonio de los profetas) este Señor habia de obrar en el mundo cuando viniese; y por ellas le conocerémos. Porque estas obras estaban de tal manera reservadas para su venida y persona, que ningún otro las habia de acabar sino él. Vemos pues claramente el cumplimiento de todas ellas. Porque primeramente por sus discípulos y doctrina fué desterrada aquella general pestilencia de la idolatria, que quitado el rincón de Judea reinaba en todo lo descubiertó del mundo. Vemos que por ella los honrados de los falsos dioses vinieron en conocimiento del verdadero Dios, que era el Dios de Israel. Vemos que de Hierusalem salieron los discípulos del Salvador (c) que tomaron á cargo esta tan gloriosa empresa, y despues de muchas batallas, y mucha sangre valerosamente derramada, al cabo salieron con ella. Vemos que de aquella masa corrompida y abominable de la gentilidad (que estaba sumida en el cieno de todos los vicios) se levantó tan gran número de santos, de pontífices sanctísimos, de confesores, de monjes religiosísimos, de compañías de vírgines purísimas, y (lo que mas es) de mártires innumerables que murieron por esa fe que ántes impugnaban; en los cuales se cumplieron aquellas profecías de Esaias (d) donde dice que los dragones y bestias fieras alabarian á Dios, y que los páramos y tierras estériles se convertirian en jardines floridos, y los sequedales en rios y fuentes de agua; y que en las cuevas donde moraban primero los dragones, nascerian cañaverales y juncos, y que allí habria camino sancto. Vemos otrosí cómo el imperio romano domador del mundo, se sujetó á Cristo dende el tiempo del emperador Constantino, y despues todos sus sucesores. Vemos (lo que nadie puede negar) conforme á la profecía de Daniel (e), que pasados poco mas de cuatrocientos noventa años despues que el rey Ciro mandó reedificar el templo de Hierusalem (que son los años que comprenden las setenta hebdómadas deste Profeta), esta ciudad con su templo fué abrasada, arrasada y puesta por tierra, sin quedar en ella piedra sobre piedra, y sin jamas hasta hoy haber podido ser reedificada, como él tan claramente lo profetizó (f). Vemos que los que no quisieron recibir al Salvador, andan hoy dia desterrados por todas las naciones del mundo, tan vejados y maltratados como todos sabemos. ¿Pues quién pudo denunciar estas cosas tantos mil años ántes, sino Dios? ¿Y quién pudiera acabar cosas tan grandes, sino Dios? ¿Quién pudiera desterrar la idolatria de todo el mundo, sino Dios? ¿Quién reducir tantas naciones al conocimiento de un solo Dios, sino Dios? ¿Quién hacer semejantes á los ángeles los hombres que eran semejantes en la vida á los demonios (que eran los gentiles), sino Dios? ¿Quién traer al imperio romano á que dejados sus antiguos dioses, adorados en todos los siglos por todos los príncipes del mundo, adorase un hombre crucificado entre ladrones por verdadero Dios, sino Dios? ¿Quién pudo destruir y deshacer totalmente aquella república de Judea, mas antigua que la romana, sino Dios? (g) Pues ¿quién dudará ser Dios el que todo esto pudo denunciar ántes que fuese, y despues ejecutarlo y poner por obra cosas tan grandes?

Y demas desto, si este Señor habia de venir al mundo ántes que aquel templo se destruyese (como está dicho (h)), y ántes que el sceptro del tribu de Judá se acabase (i); y vemos el templo tantos mil años ha destruído, y el sceptro acabado, ¿quién puede dudar ser ya venido el que en esta sazón habia de venir?

Por tanto ruego agora á todos los que teneis necesidad de la luz desta doctrina, por reverencia de un solo Dios, amator de la salud de las ánimas, y lumbre de los corazones humildes, y por lo que debéis al negocio de vuestra salvacion, que despedidas todas las nieblas de iras, y odios, y pasiones, y toda obstinacion y dureza de corazón, pidais á aquel que es padre de las lumbres os quite el velo de la ceguera de delante los ojos, y esclarezca vuestro entendimiento, y os dé á sentir la fuerza de las razones y profecías que aquí habemos alegado; para que por las profecías y obras que la doctrina del Salvador obró en este mundo, conozcais ser él el verdadero Mesías: cada una de las cuales por sí sola es bastante para prueba de esta verdad, cuanto mas concurriendo todas ellas juntas en él. Porque si para solo él estaban reservadas estas hazañas tan universales y tan notables, síguese que nadie las pudo hacer sino él. Y pues las vemos tan claramente cumplidas, á él recibamos, á él adoremos, á él confesemos; para que así seamos participantes de los grandes bienes que él trajo consigo al mundo. Y si esta breve doctrina no bastare para convencer los duros y obstinados, muchos habrá dóciles, humildes y tractables á quien aproveche: mayormente pues, como Sant Pedro dijo (k), no es Dios acceptador de personas, ni de linajes; pues él es Padre y Criador de todos, y él dice que está á la puerta llamando á nuestros corazones para que le queramos recibir en ellos.

CAPITULO III.

De las falsedades y fábulas del Talmud.

Despues de estos tan ilustres testimonios de las Sanctas Escrituras (con los cuales tan claramente se prueba la venida de nuestro Salvador, y se convence la ceguera de los que otra cosa creen), hay otro gravísimo argumento para convencer esta ceguera, que son las fábulas y disparates del Talmud.

(g) August. lib. 18. de Civ. Dei, cap. 22. tom. 5. Joseph. Judæus, cont. Ap. (h) Aggæi, 2. (i) Genes. 49. (k) Act. 10. Dent. 10. 2. Par. 19. Job. 51. Sap. 6. Eccl. 53. Rom. 2. 1. Petr. 1. Apoc. 5.